

ADIÓS AL MAESTRO CLAUS ROXIN

Gabriel PÉREZ BARBERÁ (Universidad Torcuato Di Tella) y Eugenio SARRABAYROUSE
(Universidad de Buenos Aires)

Estas líneas, sin dudas, son las que nunca hubiésemos querido tener que escribir. El jueves 20 de febrero de 2025 falleció nuestro maestro, Claus ROXIN. Con dolor y tristeza queremos rendirle este pequeño homenaje, para recordarlo en toda su dimensión humana y, a través de algunas anécdotas personales, retratarlo en ese sentido de la mejor manera posible. Pedimos perdón por anticipado a quienes lean esto: los años (que también están pasando para nosotros más rápidamente de lo que deseamos) nos obligan a ser autorreferenciales. A modo de justificación podemos decir que es la única forma que encontramos para describir al Roxin que conocimos.

1. Por esas vueltas de la vida, coincidimos en estudiar juntos con ROXIN, en el cambio de siglo, allá por el año 2000. Ambos nos habíamos postulado para una beca del DAAD, con temas en algún punto secantes y con los mismos “padrinos”: Julio MAIER en Argentina y Claus Roxin en Alemania. Contra todos los pronósticos, ambos “ganamos” nuestras becas y compartimos muchos momentos inolvidables, que marcaron a fuego nuestras vidas y nuestra amistad.

Uno de esos hitos comunes entre nosotros fue, claramente, el vínculo con ROXIN. En aquella época, el Instituto de las Ciencias Penales Conjuntas de la Universidad de Múnich era un verdadero faro en materia penal. Graduados de todo el mundo llevaban a cabo estancias de investigación con ROXIN para escribir un doctorado, una investigación postdoctoral o simplemente actualizar conocimientos y mantener vínculos con Alemania. Pese a que ROXIN ya era profesor emérito en ese entonces, continuaba trabajando en la Universidad, asistido por su secretaria, nuestra querida Frau KÖTTING, que todo lo resolvía y que, además, era quien escribía a máquina los trabajos del maestro. ROXIN, en efecto, escribía “a mano” y con una letra clarísima; decía que, por día, había que escribir tres carillas para poder cumplir con los compromisos académicos. Esos eran los originales que transcribía su secretaria: las más de dos mil páginas de su monumental Tratado en dos tomos surgieron de esos manuscritos en el más literal sentido de esta palabra.

Por lo general, ROXIN visitaba su despacho cada quince días (alternando viajes por todo el mundo) y se formaban largas filas para conversar con él en las “Sprechstunden” (horas de consulta). A nosotros nos maravillaba que nos escuchara, que respondiera nuestras inquietudes y que siempre tuviera un consejo oportuno o una lectura recomendada.

Hay que decir, no obstante, que esto de ver en persona a ROXIN en su despacho para conversar sobre nuestros trabajos académicos comenzó a ocurrir con cierta asiduidad solo una vez que tuvimos más de un año de estadía en Múnich, y que, por tanto, podíamos decir que, hasta cierto punto, dominábamos el idioma alemán. Naturalmente, al tiempo de la primera de esas visitas todavía nos costaba muchísimo comprender a cualquier persona alemana hablando a velocidad promedio, y no era que nuestra expresión oral en ese idioma fuese precisamente equivalente a la de un locutor de la Deutsche Welle. Por eso, fue una bendición para nosotros que ROXIN, poco antes de terminar aquella primera visita, con esa reconocida sonrisa suya con la que anunciaba que se venía algo serio, nos fulminara con esta frase: “por ahora, ustedes me transmitirán sus inquietudes académicas por escrito y yo les responderé por escrito; es lo mejor para todos, así nos entenderemos mejor”. Lo maravilloso del asunto es que cumplió siempre puntualmente con este compromiso. Pocos días después de cada una de nuestras consultas vía mail a Frau KÖTTING nos esperaba sobre nuestros escritorios en la biblioteca de la universidad una carta de ROXIN, con su bellísima caligrafía manuscrita. Guardamos esas cartas durante años como el auténtico tesoro que son.

2. Otras anécdotas pintan de cuerpo entero la forma de ser de ROXIN. Al poco tiempo de llegar al Instituto, todos sus huéspedes recibían una carta de invitación para cenar en su casa, invitados por él y por su esposa, la querida Imme ROXIN. Pero no era una carta común. Contenía una invitación para tres o cuatro meses después y decía algo así: “Estimado señor o señora... Mi esposa y yo tenemos el honor de invitarlo a cenar a nuestra casa el próximo sábado 19 de julio. Si usted acepta nuestra invitación, debe tomar el S-Bahn (tren suburbano) número 6, línea verde, en la estación Marienplatz, a las 18:10 horas, y descender en la estación Stockdorf a las 18:50 horas. Allí estaré esperándolo para ir juntos a nuestra casa”. Y así sucedía. Sin ninguna otra comunicación previa, en el día y a la hora señalados llegábamos a Stockdorf y en la estación (muchas veces cubierta de nieve) nos esperaba la enorme figura de ROXIN, que con un gesto amable nos saludaba y emprendíamos la caminata hasta su casa. Después de una exquisita cena, cerca de las 23 horas, nos avisaba que pronto pasaba el último tren rumbo a Múnich y nos acompañaba de regreso a la estación. El recuerdo de ROXIN golpeando con sus nudillos la ventana de vidrio del tren a modo de despedida todavía nos estruja el corazón.

3. Una de las tradiciones académicas de ROXIN era realizar, todos los años, un mítico seminario en el convento de la Fraueninsel, una pequeña isla situada en el lago Chiem, entre Múnich y Salzburgo. Tuvimos el honor de participar en varios, pero de uno, quizás el primero, tenemos un recuerdo especial. El tema de discusión era el de los delitos de comisión por omisión, en particular el de las posiciones de garante. El ritual indicaba que, después de las ponencias, ROXIN compartía una cerveza con quienes habíamos participado. Sin embargo, en esa ocasión comentó que tenía un problema de salud y que, por tanto, “no podía beber alcohol”. Por eso pidió una “Radler”, que es cerveza mezclada mitad y mitad con gaseosa de limón, algo típico en esa zona de Alemania. Lo cierto es que esa noche ROXIN se tomó nueve vasos de medio litro de esa mezcla, convencido de que con eso honraba su recomendación médica. Cuando todavía conversaba con nosotros, un discípulo italiano nos murmuró por lo bajo: “si tomo diariamente esa cantidad de Radler, ¿podré escribir algo parecido a ‘Autoría y dominio del hecho’?”.

4. ROXIN, pese a su carácter de profesor emérito, continuaba con sus clases, a las que a menudo asistíamos. Siempre llegaba puntualmente, con una mochila, después de viajar en tren desde Stockdorf. Sus clases se caracterizaban por su histrionismo. Permanentemente hacía preguntas que él mismo respondía; sin embargo, en una oportunidad, casi nos morimos de un infarto. Con su habitual retórica, se paró delante de nosotros (estábamos sentados en las primeras filas) y preguntó haciendo un ademán hacia nosotros: “¿La imputación objetiva es...?”; no sabíamos si debíamos responder frente a ese centenar de estudiantes alemanes y el pánico se apoderó de nosotros. Tras unos segundos de silencio (años para nosotros), afortunadamente el mismo ROXIN giró sobre sus pasos y respondió: “...la creación de un riesgo desaprobado que se realiza en el resultado...”. Los dos respiramos y nos secamos la transpiración. Desde entonces, decidimos sentarnos en las últimas filas.

5. También eran habituales sus viajes a España y Latinoamérica. Allí leía sus conferencias en castellano, pese a que no dominaba el idioma. Metódico, pedía a alguno de sus discípulos —más de una vez a nosotros— que tradujera el texto que iba a exponer y le grabara una versión en español. Luego, la escuchaba regularmente para aprender la fonética y la entonación correcta. Sus exposiciones eran tan perfectas que, alguna vez, en una de esas conferencias en Argentina alguien le hizo una extensa pregunta, precedida de una introducción, muy difícil de traducir, al punto que Julio MAIER (que oficiaba de traductor) tuvo que pedir que la redujera; quien había formulado la pregunta, sorprendido, señaló: “¡Pensé que ROXIN hablaba español!”.

6. ROXIN no solamente nos legó sus conocimientos y sus teorías, su ejemplo de constancia y de perseverancia. Lo más importante es que, además, dejó amigos y amigas por todo el mundo, unidos por ese tronco común de haber asistido regularmente al Instituto de Múnich en aquellos años dorados. Todos los que lo conocimos nos identificamos mucho con él y le tuvimos un profundo cariño porque, como es sabido, bregó por una ciencia penal universal, elevó la dogmática penal hasta convertirla en una marca registrada de Alemania y, por sobre todo, fue un verdadero demócrata y un humanista genuino que siempre puso en práctica los valores que defendió: el respeto, la tolerancia, el escuchar al otro. Defendió, practicó y propagó un derecho penal mínimo, con el ser humano —y su dignidad— en el centro de su sistema.

En estos días de tanta tristeza por su partida, es inevitable sentirnos más solos. Nuestros dos grandes maestros, con quienes nos aventuramos hacia Alemania, ya no están: nos es imposible no pensar hondamente en Julio MAIER mientras escribimos esto. Además, el mundo que conocimos, caracterizado por el respeto a esos valores que mencionábamos en el párrafo anterior, parece derrumbarse mientras emerge otro, más hostil e intolerante. La imagen nos viene sola, inevitable: tal fue la fuerza de gravitación de ROXIN que todo indica que ese mundo que añoramos y que él tanto contribuyó a forjar se fue con él. Ojalá que las generaciones más jóvenes puedan encender luces nuevas en esa oscuridad, y que todo lo que hoy vivimos no sea más que una pesadilla pasajera.